

Films de
Amor

La fragil Voluntad

50
cts

GLORIA
SWANSON

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: **Barbará, 16**

B A R C E L O N A

LA FRÁGIL VOLUNTAD

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por la bellísima y eximia actriz

GLORIA SWANSON

por **MANUEL NIETO GALAN**

ARTISTAS ASOCIADOS




Rambla Cataluña, 62 Barcelona

REPARTO

Sara Thompson..... **GLORIA SWANSON**
Oliverio Hamilton..... **LIONEL BARRYMORE**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



EN BUSCA DE OLVIDO

Majestuosamente, con la gallardía de un soberano, el "Asis" deslizábase suavemente como un réptil marino por las azuladas olas que se rompían contra su quilla. Llevaba tres días de travesía y su tripulación empezaba ya a sentir el cansancio de aquella vida monótona e insulsa de a bordo. Entre los viajeros se destacaba la figura graciosa, elegantemente vestida de una joven, cuya risa no cesaba un instante, alegrando con ella la nostalgia de aquel viaje. Los jefes y oficiales del barco buscaban su compañía, para charlar alegremente con ella el tiempo que les dejaba libre sus ocupaciones. La amenidad de su charla graciosa, la alegría del vivir que se reflejaba en sus ojos y su belleza tenían un poder extraordinario de fascinación, que tampoco había pasado desapercibido para Oliverio Hamilton. Era éste un hombre de unos cuarenta años, de mirada dura y fuerte, que apenas era posible resistir. Su profe-

9

sión de pastor protestante servíale para ocultar un alma hipócrita y cruel, cobijo de bajas pasiones, contenidas solamente por la fuerza de la religión.

Desde el primer momento que vió a la muchacha se sintió dominado por su belleza, mas no obstante, procuró disimular su emoción en presencia de todos y hasta su misma esposa, no pudo sospechar la pasión que había despertado en el corazón de su marido, la joven viajera.

Tampoco ésta se había dado cuenta de ello, demasiado alegre para fijarse en nada serio, tomaba la vida en risa, después de que su corazón había llorado lágrimas de dolor.

Hamilton luchaba tenazmente por alejar de su pensamiento a aquella mujer extraordinaria; estaba seguro de conocerla, pero su imaginación no era capaz de descubrirla en forma que él pudiera reconocerla. Por lo mismo cierta tarde aprovechó el encuentro del capitán del buque para preguntarle:

— Capitán, ¿conoce usted los nombres de todos los viajeros que lleva a bordo?

— Es obligación mía, señor Hamilton — repuso éste.

— Entonces, podría usted decirme como se llama esa joven, que tanta algarabía produce en el barco?

— Se llama Sara Thompson. Embarcó en San Francisco.

— ¿No sabe usted nada de su vida? — volvió a preguntar el señor Hamilton.

— Nuestra misión termina con saber el nombre del pasajero — repuso secamente el capitán.

El tono de la respuesta fué tan firme, que Hamilton comprendió que aun cuando el capitán supiera algo de la vida de aquella muchacha nada le diría y por lo tanto decidió continuar por sí mismo sus indagaciones hasta cerciorarse de si era efectivamente la mujer que él conocía.

Mientras tanto, la pobre muchacha, que creía oculto a los ojos de todos el intenso drama que había tronchado su vida segura, riendo alegremente, procurando olvidar con su alegría sus pasados dolores.

Sara Thompson, por complicaciones del Destino había sido acusada cómplice de un desfalco en la que la muchacha no tuvo intervención alguna. Su vida un poco alegre le fué perjudicial en el curso del proceso y varias pruebas erróneas la condenaron. Mas un alma buena y caritativa, logró librarla de las garras de la justicia y la envió fuera de San Francisco, lejos de donde nadie pudiera conocerla, con un destino, para que se buscara como antes, honradamente la vida. Esto era lo que Hamilton conocía de

su vida y lo que se proponía explotar en su beneficio tan pronto llegaran a Pago Pago, donde su carácter de pastor y cierta influencia adquirida entre los indígenas, por sus anteriores excursiones, le daban cierta preponderancia ante el Gobierno.

Continuó el "Asis" su travesía, sin que nada anormal viniera a alterar la vida de a bordo y continuó Sara siendo la muchacha alegre de siempre y disfrutando con la compañía de Carlitos Donald, un simpático marinero, que se había hecho íntimo amigo de ella y que tenía la manía de los autógrafos. No había pasado viajero por su barco, sin que el joven no le presentase antes de desembarcar su álbum para que escribiese en él algún pensamiento, y como es natural cuando el "Asis" llegó a Pago Pago, se apresuró a solicitar este favor de cuántos debían desembarcar en aquel punto.

Se llegó al señor Hamilton y entregándole el álbum le dijo.

— ¿Quiere usted honrar con un pensamiento mi colección de autógrafos?

Cogió éste el libro e hizo la siguiente inscripción:

"El cuchillo de la reforma, es la única esperanza de un mundo corrompido.

"Oliverio Hamilton."

No fué muy del agrado de Carlitos aquel pensamiento, pero pensando que tal vez su

esposa sería más indulgente, solicitó de ella el mismo favor y ésta escribió debajo de lo consignado por Hamilton:

"Un hombre recto no vacilaría nunca en denunciar el mal."

"Señora de Hamilton."

— ¡Caramba con la parejita! — exclamó interiormente el marinero y siguió recogiendo autógrafos de los demás pasajeros. Un amigo que durante la travesía había conocido el señor Hamilton hizo constar en el álbum.

"Es doloroso que una virtud tan sublime como la tolerancia abunde tan poco entre los hombres."

"Dr. Augusto MacHaill y señora."

— Se ve que este señor no es de la misma idea que su amigo — pensó Donald y ladeándose el gorriño jacarandosamente, se acercó a donde estaba Sara y le dijo:

— Vengo a que la Venus del mar que llevamos a bordo, se honre poner su delicioso pensamiento en mi álbum.

Sara rió de buena gana la salida del muchacho y escribió, dando a conocer su verdadero carácter:

*"Reid, humanos, reid siempre. Por pe-
noso que fuese el día de hoy, será peor el
de mañana."*

"Sara Thompson."

— ¡Esto es pensar bien! — exclamó



— ¡Esto es pensar bien!

Carlos leyéndolo en alta voz. — Yo soy como usted, siempre río y cuando tengo alguna pena bebo un buen trago de vino y la ahogo.

Habían empezado las operaciones de atracar al muelle y Carlos, aunque hubiese preferido continuar en conversación con su bella amiga, no tuvo más remedio que acudir a su sitio, mientras que los viajeros preparaban sus equipajes para desembarcar.

PAGO PAGO

En los cálidos mares del Sur, donde no se precisa la manta en la casa por el bochornoso calor, pero que es indispensable el chubasquero, por la continua lluvia, separados del mundo civilizado, un destacamento de marinos norteamericanos se consumía de tedio, condenados a no ver una mujer blanca. Para la alegre juventud la vida en aquel país era terriblemente insoportable, en Pago Pago no existía la menor distracción, los marinos tenían que contentarse con las diversiones que ellos mismos se buscaban o viendo como los negros del país danzaban sus bailes religiosos y paganos. Cuando cada seis meses un barco

hacía su arribo para dejar el suministro del semestre siguiente, los marineros acudían a él ansiosos de adquirir noticias del otro mundo, de aquel mundo que habían abandonado y que lloraban de continuo.

Cuando se divisó en el horizonte la estela de humo producida por el "Asis", el destacamento rugió de alegría. Por lo menos tendrían la compañía de otros seres por un corto espacio de tiempo y mientras estuviesen allí, podrían hablar de las lejanas y queridas tierras, conocer los asuntos de actualidad, en una palabra, despojarse por unos días de la especie de salvajismo que los envolvían.

El primero en saltar en tierra fué Hamilton y su señora, acompañados del matrimonio MacHaill, que por primera vez y en calidad de turista llegaban a aquel país. Hamilton, cuando estuvo en tierra, se dirigió a su esposa y le dijo:

— Vosotros podéis ir al hotel. Yo tengo que ver al Gobernador, para un asunto importante.

El hotel, a que se refería Hamilton, era el único que existía. Su dueño José Horn, un buen hombre, que jamás había salido de su tierra, al ver llegar a la señora Hamilton, se acercó a la butaca donde dormitaba su mujer, fumando un cigarrillo, y le dijo:

— Ameena, tira el cigarrillo, mujer...

Vuelven los Hamilton, esos reformadores, y hay que atenderles debidamente, no se vaya a enojar el Gobernador y nos cueste una multa.

Pero Ameena, que era una típica belleza del país, negra y gorda como un tonel, no creyó prudente el levantarse a recibirlos y siguió tranquilamente recostada en la butaca hasta que aquéllos llegaron.

Entre tanto, Sara que tenía que hacer transbordo en aquel punto para embarcar en otro barco hacia el puerto de destino, preparaba su equipaje cuando se le acercó Carlos y le dijo:

— El barco para Apia no sale hasta media noche. Le queda a usted tiempo para conocer a todos mis compatriotas. Los pobres están aquí solitos y le agradecerán mucho su visita.

Aceptó Sara la proposición de su amigo y cuando apareció en la borda del barco, su presencia produjo una exclamación de alegría de todos los marinos, al ver a una muchacha, joven, elegante, y que además los saludaba alegremente.

Cuando llegó a tierra fué una verdadera batalla la que sostuvieron sus nuevos admiradores. Todos se disputaban el honor de ir a su lado y Sara, sonriéndoles, les dijo:

— Agradezco mucho vuestras atenciones, pero haced el favor de estaros quietos,



Hacer el favor de estaros quietos...

porque en uno de vuestros empujones voy a caer tan larga como soy.

— Es que tenemos derecho a estar a su lado — respondió un marino.

— Tienes razón — exclamó riendo la joven, — y desde ahora te reservo un sitio preferente.

Entre bromas y chirigotas llegaron a la puerta del hotel y al entrar en él se cruzó Sara con un muchacho de recia figura, en cuyo rostro se reflejaba la bondad de sus

pensamientos y una extraordinaria simpatía. Quedóse la joven un poco cortada por aquel encuentro y se interpuso a él, impidiéndole continuar su marcha.

El muchacho sonrió ante la actitud de ella y ésta, dirigiéndose a Carlos, le dijo burlonamente, pero de un modo que expresaba bien a las claras la grata impresión que le había causado aquel encuentro.

— Carlos, diga lo que quiera a ese mozo tan gallardo en nombre de Sara Thompson.

— ¡Carape! — exclamó el marinero. — ¿Qué le digo yo a éste para dejarla contenta?

Pensó unos minutos y al fin exclamó:

— Le presento a la señorita Sara Thompson, la propia encarnación de la alegría — y dirigiéndose a ella continuó: — Le presento, señorita, al sargento Timoteo O'Hara. Es un pájaro tímido, pero vuela recto cuando se decide.

Sara alargó la mano al joven, que la estrechó emocionado, sin saber qué decir, mientras que ella, con una de sus deliciosas sonrisas, le preguntaba:

— ¿Tan de prisa va usted, que no puede hacernos un rato compañía?

— En Papo Pago — respondió el sargento — nada corre prisa. La vida va tan despacio, que siempre hay tiempo para todo.

Entraron en el hotel y allí fué la juerga. Sara, subida sobre una mesa, cantaba alegremente, mientras que sus nuevos amigos la aplaudían a más no poder, hasta que finalmente exclamó:

— Mucho nos detenemos, amigos míos... Todavía hay que trasladar mi equipaje al barco que va a Apia.

— ¡A por el equipaje de la señorita Thompson! — exclamó un marino. Y como un sólo hombre todos se decidieron a trasbordarlo de un barco a otro. Acompañada de todo el destacamento llegó la muchacha al nuevo barco, pero el capitán la detuvo en la escalerilla, diciéndole:

— No puede usted estar a bordo, señorita. Hasta dentro de diez días no saldremos. Estamos en cuarentena por unos casos de viruelas registrados en la última travesía.

Sara saltó de la escalerilla, como picada por una víbora, el miedo al contagio la hizo volver inmediatamente a tierra y les dijo a sus amigos:

— No tendré más remedio que permanecer entre vosotros diez días más, pero ya veréis lo alegre que lo vamos a pasar.

La muchacha comprendía la tristeza de aquellos jóvenes y su corazón bondadoso se hallaba dispuesto a darles una poca de la muchacha alegría que rebozaba en el suyo.

Se dirigió de nuevo al hotel que preguntó al dueño:

— ¿Supongo que habrá un cuarto donde yo pueda descansar hasta que me vaya para Apia?

— Los pocos que tengo están ocupados — respondió José. — Pero me queda un gran cuarto-almacén que da a la calle. Es este — y señaló uno que había en la entrada.

En él se hallaban almacenados una gran cantidad de sacos y por la suciedad que reinaba en todos los sitios se adivinaba, que para hacer habitable aquel lugar hacía falta un par de días por lo menos de limpieza. No se amilanó por esto Sara, sino que se encaró con sus amigos y les dijo:

— ¡Eh, muchachos!... ¿Quieren ustedes ayudarme? Este cuarto necesita una limpieza general antes que yo lo habite.

En un par de horas escasamente, el cuarto quedó transformado en un elegante dormitorio, todo lo elegante que podía exigirse en aquel país donde se carecía de lo más indispensable. Sacó la joven un gramófono y empezó a tocar los cuplets que se hallaban en moda en San Francisco. La alegría era general entre todos, bailaban, cantaban y los vítores se sucedían. Sara entre ellos, al ver aquella alegría, se sentía feliz, pero, sin embargo, sus ojos buscaban tenazmen-



— ¿Supongo que habrá un cuarto...?



Todos estaban extasiados...

te al sargento Timoteo, que era el que parecía más tranquilo.

Cuando sonó la hora de comer llegó Hamilton y se sentó en la mesa que José había preparado para todos los huéspedes llegados aquel día.

Su esposa le preguntó:

— ¿Has visto ya al Gobernador?

— Sí — respondió Hamilton. — Le he convencido de que están muy relajadas las

costumbres de los indígenas de esta isla y que hay que reformarlas enérgicamente.

Los cantos y gritos de los que se hallaban con Sara llegaron hasta donde estaban Hamilton, que preguntó malhumorado:

— ¿Qué voces son esas?

— Es la mujer descocada que tanto llamó la atención durante el viaje — respondió su esposa. — Se ha encerrado ahí con los marineros de la isla y parecen demonios gritando.

— Es la juventud que se impone — exclamó el Dr. Augusto.

— Pues a esa juventud es a la que hay que ponerle freno antes que nada — respondió Hamilton.

En aquel momento apareció Sara, que había sido avisada para la comida, y se sentó al lado de Hamilton, pero al ver la seriedad de su semblante y de sus compañeros, comprendió que allí se aburriría atrozmente y decidido por servirse la comida en su plato y llevársela a su cuarto, para seguir alegremente la fiesta.

Hamilton la vió desaparecer y les dijo a sus compañeros:

— Yo he visto a esa muchacha en el distrito peor reputado de San Francisco.

El doctor, caballero, salió en defensa de la desconocida y le dijo:

— Me parece que se equivoca usted, señor Hamilton. Sabemos que tiene un empleo en Apia. Usted sienta conclusiones muy ligeramente y eso me parece mala fe.

Hamilton se le quedó mirando duramente y al fin exclamó:

— Yo nunca yerro, señor mío. Sé bien que es ella, y sé que viene a proseguir su comercio indigno.

— No obstante — respondió MacHaill, — hasta ahora no ha hecho nada censurable.

— Por eso mismo me creo obligado a intervenir — exclamó Hamilton. — Para enviar que lo haga.

Sin detenerse a obtener respuesta, entró decidido al cuarto de Sara y le dijo:

— Señorita, lo censurable de su conducta me obliga a indicarle la necesidad de que abandone su loca actitud y se comporte como debe. Aquí estamos en un país donde la decencia es lo principal.

Ante semejante insulto, Sara no supo contenerse y exclamó:

— ¡Señor mío, cúidese usted de lo suyo y aprenda a no entrar sin permiso en el cuarto de una señora!

Hamilton, impasible ante la actitud de la joven, continuó diciéndole:

— ¡No he de permitir que esta casa se convierta en lugar infamante!



Sus ojos buscaban teazmente al sargento...

Sara ya no pudo más y avanzando hacia él en actitud amenazadora, le respondió:

— ¡Váyase de aquí, camorrista, o azuzaré a mis amigos contra usted!

Timoteo se adelantó hacia donde estaba Hamilton, decidido a castigar su falta de respeto, pero Sara se interpuso a tiempo y Hamilton continuó:

— ¡Yo sé por qué ha venido usted, Sara Tompson, y no puedo transigir con ello!... ¡Es usted una depravada mujer!

— ¡Eso lo dirá usted por alguien de su

familia! — exclamó la joven burlonamente.

Timoteo pudo, al fin, desasirse de Sara y avanzando hacia Hamilton de un puñetazo lo hizo rodar fuera de la habitación. Éste se levantó tranquilamente, se quitó con el pañuelo el polvo de que se había manchado y mandó llamar al dueño del hotel para decirle:

— ¡Mucho cuidado con proteger a esa chica! Voy a denunciarla ahora mismo al Gobernador.

Y salió precipitadamente hacia donde decía, mientras que su señora, fingiendo lástima, le dijo al doctor:

— ¡No quisiera encontrarme en el pellejo de esa pobre muchacha. Mi esposo tiene gran influencia aquí y le hará pasar un mal rato.

Si quiere Ud. aprender a bailar el

Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Precio de cada método **25 céntimos**

IDILIO

Algunas horas después habíanse marchado los marinos del destacamento, excepto Timoteo y en el lluvioso Pago Pago había caído la noche, como en la seducción de Sara Thompson había caído el sargento O'Hara.

Los dos jóvenes, sentados el uno junto al otro, hablaban de la tierra que la muchacha acaba de abandonar y Timoteo le preguntó:

— ¿Vienes directamente de San Francisco?

— Sí — respondió la joven. — Allí he vivido siempre.

— Es curioso — exclamó el sargento. — Mi mejor camarada se casó con una muchacha de San Francisco.

— ¿Qué hacía ella allí? — le preguntó curiosamente Sara.

— Trabaja en un establecimiento del barrio alegre.

Aquella respuesta que le recordaba a la joven su vida pasada la sumió en un tris-

te pensamiento, que pronto alejó de su mente para preguntarle otra vez:

— ¿Y son felices?

— Seguramente. Las noticias que de él he tenido siempre me han hecho sospechar que lo eran.

Sara suspiró tristemente y pensó, que si aquella muchacha había logrado renovar su vida, también ella, que era buena, aun cuando los hombres la hubieran condenado, tenía derecho a disfrutar de la dicha del amor de un hombre, y al pensar esto sus ojos se posaron acariciadores en O'Hara, que impulsado por un desconocido sentimiento estrechó emocionado la mano de la joven a la vez que le decía:

— ¡Qué bella eres, Sara! ¡Estoy por creer que esta isla se puso en el mapa para que tú y yo nos conociésemos!

Sara sentía su pecho oprimido. Las palabras de aquel hombre sonaban en sus oídos como una música deliciosa y oprimiendo con más fuerza la mano que de él tenía en su poder, le contestó:

— Te agradezco ese pensamiento, muchacho.

Un toque de corneta llamó la atención del sargento y éste se ausentó del hotel para cumplir con sus deberes militares, mas apenas había transcurrido media hora cuando unos golpes dados en el cristal de la

ventana del cuarto de Sara la hicieron asomarse y vió de nuevo a Timoteo que le dijo:

— He venido para informarte de que Hamilton pretende poner en contra nuestra al Gobernador.

— Gracias, hermoso — respondió Sara. — Eres muy bueno molestándote por mí.

— Es mejor que te hagas amable con esa gente — siguió diciéndole Timoteo. — Mañana no veas a nadie hasta la noche que caeré yo por aquí.

Se despidió de ella y aquella mala noticia hizo que Sara, para alejar sus tristes pensamientos, saliese a la terraza del hotel, donde se encontró con el doctor, que le sonrió amablemente.

— Ya veo que usted no es reformador — le dijo la muchacha riendo. — Por lo menos, no tiene miedo a reír.

— No, yo soy turista — respondió el doctor Augusto. — Hemos conocido a los Hamilton durante el viaje, e ignoro su posición aquí.

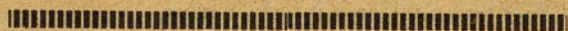
El dueño del hotel, que acababa de salir en aquel preciso instante, oyó las últimas palabras del doctor y se creyó en el deber de informarle, diciéndole:

— Él es reformador profesional. Los políticos le temen, y los dueños de estas islas gustan de tenerle obligado.

— Por lo que he visto — respondió el doctor — parece que su influencia es bastante aquí.

— A mí me es francamente antipático — declaró Sara.

El señor MacHaill sonrió bondadosamente, como dando a entender que era de su misma opinión y se despidió de la muchacha, mientras que ésta, al volverse a quedar sola, volvió a sumirse en el mar porceloso de sus recuerdos, que con tanto anhelo quería olvidar.



BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas cinematográficas

===== PIDA TAMBIEN =====

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »

TRISTE DESPERTAR

Durante toda la noche había llovido sin cesar sobre Papo Pago y por la mañana siguió lloviendo con la misma insistencia.

Sara, sola en su habitación, oía el mocha y por fin le preguntó:

— ¿Cómo haría usted para lograrlo?

— ¡Mi deber! — exclamó Hamilton. — No creo que usted tenga un empleo en Apia, pero, aunque sea cierto, no la dejaré ir.

Ante aquella afirmación Sara advirtió en los ojos del reformista su contenido deseo y le respondió:

— Es muy fácil hacer el puritano... ¡Apostaría que no es usted tan perfecto!

— Sin embargo, yo estoy convencido de que es usted una mujer pervertida — le contestó Hamilton. — ¡De rodillas debía usted agradecerme que trate de ayudarla!

Sara Thompson lanzó una carcajada y exclamó:

— ¡No me haga usted reír!... ¿Es su deporte favorito el asustar mujeres?

Hamilton, fuera de sí, poseído por la

indignación y la cólera avanzó hacia la joven y sujetándola fuertemente por una muñeca la hizo caer a tierra mientras le decía :

— ¡ No olvide usted que le doy la última oportunidad para salvarse !

— ¡ Suélteme falso, hipócrita ! — exclamó Sara, llorando amargamente. Pero Hamilton la tenía fuertemente sujeta, hasta que de pronto se presentó Timoteo y de un empujón le obligó a abandonar su presa.

— ¿ También tú ? — exclamó el reformista. — Veré al Gobernador otra vez. ¡ Estáis sentenciados !

Con una mirada de infinita ternura agradeció Sara la oportuna intervención del sargento y le dijo :

— Ese Hamilton no es humano... es insidioso y tiene veneno como los reptiles... Muy pronto voy a necesitar amigos.

— No te importe — pretendió tranquilizarla O'Hara. — Yo sabré siempre defenderte.

La joven le indicó un asiento a su lado y luego poseída de un súbito temor, le preguntó :

— ¿ Puede Hamilton hacerme volver a San Francisco?... ¿ Verdad que no ?

— No te dejes intimidar por él — repuso Timoteo. — Ese hombre tiene poder, pero no tanto como él dice. — Y para hacerle olvidar la desagradable escena que



¿ Puede hacerme Hamilton volver a S. Francisco?...

acababa de tener lugar, el sargento extrajo un álbum de fotografías y le enseñó unas diciéndoles.

— Este es un retrato del camarada de que te hablé y de su esposa. Ahora viven en Sidney. Allí debías ir tú en vez de a Apia. Mis amigos cuidarían de ti hasta que yo llegase.

La joven comprendió las palabras de su amigo y estrechando su mano le preguntó:

— ¿Lo quieres tú así?

— Sería mi mayor alegría — respondió él.

Y con aquellas sencillas palabras, fiel reflejo de sus corazones, sellaron aquel pacto de amor.

La idílica escena fué interrumpida por la llegada de un soldado portador de una orden del Gobernador, que dijo:

— Para la señorita Sara Thompson. — Y desapareció después de haber cumplido su misión.

Abrió ésta el sobre y leyó su contenido, cuyo final decía:

"...y en virtud de esta facultad, ordeno a usted se disponga a partir en el primer barco que salga para San Francisco.

"Jhon Crowell, Gobernador."

Al terminar de leer la orden, Sara presa de una dolorosa desesperación, exclamó:

— ¡Hamilton me envía a San Francis-

co, pero yo no puedo ir!... ¡No puedo volver, no puedo!... ¡Iré a cualquier parte, pero no allí!

O'Hara consiguió al fin, calmarla un poco y le aconsejó:

— Ve tú misma al Gobernador. Pídele que te deje esperar el barco para Sidney. Es bueno y tal vez accederá a tu petición.

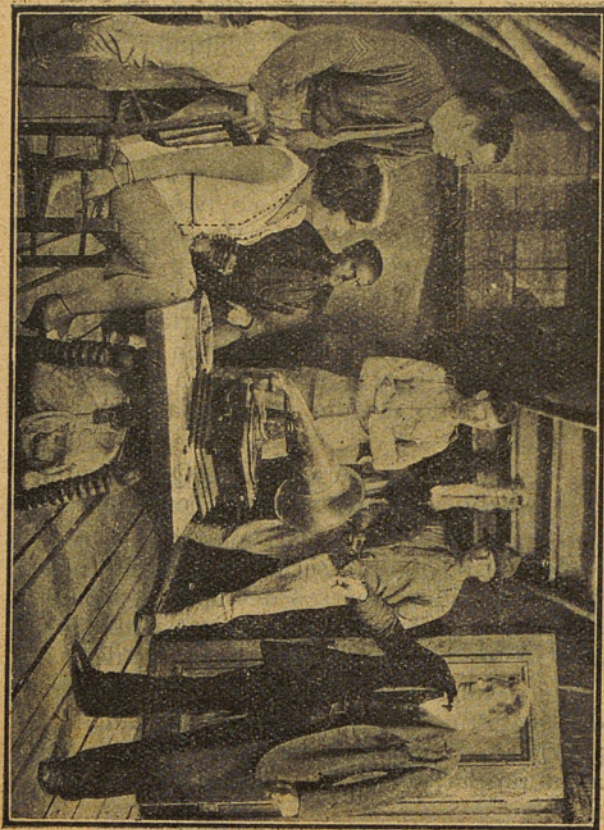
No había cesado de llover y Timoteo cedió a la joven un chubasquero para resguardarla del agua. En la puerta del hotel se encontraron con Hamilton que volvía y Sara furiosa se volvió hacia él diciéndole, con todo el odio que podía albergar su alma.

— ¡Delator, miserable!... ¿Qué mentira ha dicho usted de mí al Gobernador?

— ¡Yo no digo nunca más que la verdad! — respondió secamente Hamilton. Timoteo hacía esfuerzos desesperados para poder contener a Sara que quería abalanzarse sobre Hamilton, a la vez que le decía:

— ¿Quién le ha dado a usted el derecho de juzgarme?... ¡Conteste, malvado!... ¡Sería usted capaz de arrancarle el corazón a su propia madre si contrariaba sus deseos!

Hamilton, sin querer responder a aquellos insultos entró resueltamente en el hotel y le dijo a José:



— ¡Ya dije a usted que negase a esa mujer todo amparo aquí!

El doctor Augusto se le quedó mirando, sin poder comprender la dureza de aquel corazón, mientras que Hamilton, como si acabara de realizar lo mejor de su vida se disponía a comer tranquilamente.

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS:
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL

Cada librito contiene 20 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: **30 céntimos**

PIDÁLOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTEC FILMS. - Apartado 707. - BARCELONA

DESESPERACIÓN

La desgraciada joven, en medio de su desesperación infinita, comprendía que su única salvación consistía en llegarle al corazón del Gobernador. Acompañada por O'Hara llegó a la residencia de éste y cuando pudo ser recibida de él, le suplicó llorando:

— ¡Piedad, señor, tenga compasión de mí!

El Gobernador enternecido ante el sincero dolor de la muchacha, la obligó a sentarse y le preguntó:

— ¿En que puedo serle útil, señorita?

— Yo soy Sara Thompson — exclamó la muchacha — a quien ha ordenado usted regresar a San Francisco y vengo a solicitar que revoque su orden.

— Ese es el deseo del señor Hamilton — respondió el Gobernador.

— Lo sé — contestó ella — por lo mismo he venido a suplicarle que me permita ir a Sidney, en vez de San Francisco.

— Lo siento mucho, señorita — repuso el Gobernador. — Pero, para lograr lo que usted desea es preciso que sea de acuerdo con el señor Hamilton. Puede usted decirle que por mi parte no háy inconveniente en esa modificación.

— Gracias, señor — exclamó Sara. — Es usted muy bueno.

Y salió loca de alegría creyendo haber, por fin, logrado lo que deseaba. Corrió a donde la esperaba el sargento y le dijo:

— El Gobernador ha accedido a mi deseo. Hay ahora que obtener el consentimiento de Hamilton. Vamos en seguida al hotel.

La lluvia había encharcado de tal forma el piso que el agua llegaba ya hasta cerca de las rodillas y Timoteo para que no se mojase su amada la tomó en brazos y así la condujo, hasta la puerta del hotel, donde fué detenido por un soldado que le dijo:

— Hamilton ha hecho otra denuncia y el jefe quiere verlo a usted, sargento.

Abandonó éste su preciosa carga y siguió al soldado, mientras que Sara entraba en el hotel. Se encerró en su habitación y le dijo al dueño:

— Haga usted el favor de decirle al señor Hamilton, que deseo verle.

José transmitió la orden y el reformista

contestó, sin levantar la vista del plato:

— ¡Que venga ella aquí.

Los demás comprendieron que iba a tener lugar una nueva escena desagradable y abandonaron la mesa para dejarlos solos.

— Señor Hamilton — le dijo humildemente Sara cuando salió — el Gobernador me dijo que podía ir a Sidney en vez de a San Francisco, si lo convenía con usted.

— Mi decisión de que vaya usted a San Francisco es irrevocable — respondió Hamilton.

— Por favor — suplicó ella. — No me haga usted volver a San Francisco. Hay un hombre allí que amargaría mi vida. No quise acceder a sus inícuos deseos y juró perderme.

— No hay necesidad de que sepa que usted ha vuelto — le dijo fríamente Hamilton.

— Se enteraría inmediatamente — exclamó ella. — Hay gran vigilancia sobre todos los barcos.

Hamilton se la quedó mirando duramente y exclamó:

— El hombre a quien usted teme lleva uniforme y una insignia, ¿verdad?... ¡Usted tiene miedo a la cárcel!

— Pero la acusación contra mí fué injusta — protestó Sara. — ¡Yo soy ino-

cente!... ¡Deme una esperanza se lo ruego!

Meditó él un instante y terminó contestando:

— Sí, Sara, daré a usted una esperanza... cuando la vea dispuesta a pagar su deuda con la sociedad.

Sara vió en aquella promesa un hilo de esperanza y se aferró a él con la misma desesperación que un náufrago a la tabla salvadora.

— Yo haré todo, con tal de que usted me deje ir a Sidney — prometió la muchacha.

— No, Sara — insistió él. — No es esa la esperanza que yo le ofrezco. La mía es la salvación de su alma y para ello tiene usted que volver a la cárcel.

— ¿También siendo inocente? — preguntó ella con voz desfallecida. — ¡Este será mi fin!

— No lo crea Sara, éste será su principio.

Había terminado toda su energía y la pobre mujer yacía caída en el suelo a los pies de aquel hombre inexorable, mendigándole una poca de compasión, que él se negaba a otorgar.

— Pero yo no tengo delito... ¡Juro que soy inocente! — repetía la muchacha.

— Es mi decisión — respondió Hamilton alejándose.

Insensible a cuanto la rodeaba, permaneció la infeliz joven, llorando amargamente, hasta que resuelta, se encaminó hacia las habitaciones del señor MacHaill y le rogó que intercediera por ella, acerca de Hamilton, para que la dejara ir a Sidney.

Poco después volvió el doctor y le dijo que había sido nulo su esfuerzo, que era imposible convencer a aquel hombre.

La ira, la desesperación, alejó de ella el dolor y corrió en busca del reformista para decirle:

— De manera que me manda usted allá... inocente o culpable.

— Ya le he dicho que esa es mi resolución — contestó Hamilton.

Sara se le quedó mirando y exclamó con reconcentrada ira.

— ¿Dónde tiene usted el corazón?... ¡Usted no sabe lo que yo he sufrido!... ¡Cuál ha sido mi vida interior!... ¡Pero no le importa!... ¡Y aún se atreve usted a llamarse humano!... ¡Es usted cruel!... ¡Una fiera!...

Pero Hamilton no la oía ya, había salido, dejando a la joven presa de un dolor inenarrable, de una angustia infinita, que en vano trataba de desahogar en lágrimas...

FASCINACIÓN

Al quedarse sola en su alcoba, el cerebro de la desdichada joven, de aquella mujer, víctima de un error de la justicia, se sentía atormentado por las más tenebrosas ideas. Por su mente desfilaron apocalípticamente los sucesos de su vida, la terrible visión de la cárcel, se vió otra vez en poder del miserable que quiso perderla y un grito de angustia, de delirio inmenso se escapó de su pecho. Abrió precipitadamente la puerta y huyó hacia la escalera gritando:

— ¡Señor Hamilton!... ¡Señor Hamilton!

Este al oír el llamamiento de la joven, comprendió lo que aquello significaba y sonrió siniestramente. Sin el menor apresuramiento bajó la escalera y llegó hasta donde estaba sentada la joven.

— ¡Señor Hamilton! — exclamó Sara, presa de un pánico horroroso. — Otra vez se me ha presentado la horrible visión de la cárcel!... ¡¡Tengo miedo!! ¡¡Mucho mie-

do!!... ¡Sálvame, por favor!... ¡Yo haré todo lo que usted quiera!

El reformista extendió la vista a su alrededor y al ver que estaban solos la cogió suavemente de una mano y la hizo entrar en su habitación. Una vez allí la obligó a arrodillarse ante él, diciéndole:

— Confíe en mí, Sara y no tendrá ningún motivo de temor. Busque su propio corazón.

Y al decir esto los ojos del pastor se clavaban en los de la joven, que se sentía poseída por un extraño sopor. La mirada del reformista empezaba a ejercer su acción hipnótica sobre el cuerpo debilitado de la joven y estaba seguro de que aquel sér dentro de poco quedaría completamente a merced suya. Sus actos serían los que él mismo le inspirase y su voluntad desaparecería para someterse a su misterioso mandato. Pero quería que el estado hipnótico fuese completo, quería estar seguro de su acción y para ello, para conseguirlo más fácilmente, le dijo:

— Medite usted, Sara, medite y aparte su pensamiento de todo. Concéntrese en sí.

Y con una voz que parecía en los oídos de la muchacha como un martilleo insaciable, fué diciéndole

— Usted ha sido precipitada en vergüenza. Usted se ha gozado en su propia

corrupción. No hay esperanza para usted, como no sea en el pago de sus pecados. Usted ha de hacer cuanto yo le mande, ¿Verdad que lo hará, Sara?

— Sí — respondió débilmente la muchacha.

El reformista sonrió satisfecho. Su deseo estaba cumplido. Aquel sér que permanecía de rodillas a sus pies, no era más que un simple muñeco humano sujeto a sus menores caprichos. Desde ahora estaba en su poder y aquella belleza, tantas veces deseada, lo fascinaba, lo hechizaba materialmente y tuvo que recurrir a la oración para librarse del maleficio que en su cuerpo se hallaba.

Salió de la habitación antes de consumir su tremendo crimen y huyó por la escalera, para no ver más a aquella mujer que amenazaba con volverle loco.

Pararon tres amargos días de lágrimas, de soledad y de arrepentimiento, para Sara. Durante ellos abandonó todos sus adornos, prescindiendo de cuanto pudiera enaltecer su belleza y en su cuarto, aislada por completo del resto del mundo, permanecía la joven postrada en continua oración. La influencia hipnótica de Hamilton obraba en ella con más fuerza aun de lo que hubiera supuesto el reformista y Sara se hallaba convertida en una mujer completamente

diferente. La sonrisa había desaparecido de su rostro y aquella alegría tan innata en ella había huído de su semblante para dar lugar a una triste melancolía, que la hacía aún más sugestiva.

Fueron inútiles todas las tentativas de Timoteo para poder volver a hablar con ella, pero un día, por la ventana que daba al cuarto de la muchacha, vió el estado de ésta y en seguida se dió cuenta de lo que había ocurrido.

Su gran pasión por Sara lo decidió a un recurso supremo, huir con ella, donde pudiera estar libre de aquel maléfico influjo.

Una mañana se presentó en el hotel y le preguntó a José.

— ¿Dónde está Hamilton?

— Bajó a la playa para hacer cesar en sus danzas a los indígenas — le respondió el hostelero.

— ¿Y dónde está Sara? — volvió a preguntar el sargento.

— En su cuarto — contestó José. — Hamilton la ha cambiado... Ha estado llorando tres días seguidos...

— Buen cuidado tuvo de hacerme arrestar antes de cometer esa empresa — se dijo Timoteo y dirigiéndose al hostelero le aconsejó:

— José, debe usted irse a dar un pa-

seo... Así no será usted inculpado de lo que aquí suceda.

El hostelero sabía el genio del sargento y sabía que cuando éste se proponía una cosa no había poder humano que le hiciera desistir de ello. Supuso que algo gordo iba a pasar allí y para verse libre de todo jaleo, decidió alejarse todo lo posible del lugar donde había de desarrollarse la escena que él suponía.

Apenas había salido José, cuando se presentó Sara y al ver a Timoteo le dijo:

— Yo esperaba ver a usted antes de salir mañana para San Francisco... Quería dar a usted las gracias por sus atenciones.

O'Hara, conmovido por el cambio que se notaba en la joven, no halló palabras para expresar sus sentimientos, pero dándose inmediatamente cuenta de que había que obrar con toda rapidez, exclamó indignado:

— Tú no vas a San Francisco. Tú sales en bote de pesca para Samarkind, donde puedes tomar el barco para Sidney.

— ¿Dijo eso el señor Hamilton? — preguntó ingenuamente la joven.

— ¡Lo digo yo y es bastante! — exclamó Timoteo. — ¡No consentiré que ese hombre te envíe donde no quieres ir!

— Él sólo desea mi bien — respondió con la misma ingenuidad Sara.

— Olvida el pasado, Sara — le suplicó el sargento, — piensa en el futuro... Nosotros dos enlazados del brazo enfrentaremos juntos la vida.

— No puede ser, amigo mío — respondió ella. — Tengo que volver a la prisión. El señor Hamilton dice que es el único medio de expiar mis culpas.

Pero por lo visto, Timoteo era hombre decidio a todo y ante la oposición de la joven resolvió obrar por su cuenta, convencido de que obraba con justicia. Llamó a los soldados que le había acompañado y les ordenó.

— ¡Llevad su equipaje al bote de pesca! — y volviéndose a Sara le dijo: — Lo mismo puedes expiar en Sidney. Tú serás la mujer de O'Hara y los dos seremos felices.

nótono ruido que hacía la lluvia sobre el enmaderado techo y una congoja infinita oprimía su corazón. Sentía un triste presentimiento de que algo desagradable le iba a ocurrir aquel día y estaba convencida de que su corazón jamás la había engañado.

Afuera Hamilton hablaba con sus amigos y les decía:

— He estado hablando con los naturales. Su depravación es tanta, que tengo que enseñarles los horrores del vicio.

El señor MacHaill había decidido no to-

mar parte en ninguna de sus conversaciones y menos aún contradecirle, por lo que se calló, sin responderle. Hamilton llamó entonces a la dueña del hotel y le dijo:

— Avisale a esa muchacha, que tengo que hablarla urgentemente — y volviéndose hacia su esposa le dijo: — Te ruego que me dejes a solas con ella. Es un asunto que solamente los dos debemos conocer.

Comprendió el doctor la indirecta y se alejó también de la terraza para que Hamilton pudiera llevar a cabo su deseo.

Al poco rato apareció Sara, decidida a llevar a la práctica el plan que le había aconsejado Timoteo y le preguntó:

— ¿Me ha llamado usted, señor Hamilton?

— Vengo a ofrecerle a usted un regalo, señorita Thompson — le contestó el reformista.

— Es muy de agradecer — respondió irónicamente la joven — y más ahora que no puedo marchar a mi empleo y me estoy quedando sin fondos...

— El regalo que vengo a ofrecerle — continuó diciéndole Hamilton — es el respeto a sí misma.

Quedó ella aturdida ante aquellas palabras y el reformista, sin darse tiempo a contestar, continuó:

— Señorita Thompson, yo soy su ami-

go... y quiero ayudar a usted. Sé que viene usted de San Francisco... ¿Qué hacía usted allí?

— Me ganaba la vida cantando — respondió la joven. — Mi voz no es muy mala, si se escucha con alguna benevolencia.

— ¿Y por qué dejó usted aquello?

— Porque me quedé un poco afónica.

— ¡Eso es mentira! — exclamó enérgicamente Hamilton. — Estoy enterado de lo que ha sido usted, Sara Thompson, pero en adelante puede usted elegir entre dos soluciones.

— ¿Puede usted decirme cuáles son? — preguntó burlonamente ella, que estaba perdiendo la paciencia.

— La primera dejarse conducir por mí.

— ¿Y la segunda?

— ¡Que yo aniquile a usted!

Quedó un momento pensativa la muchacha.

— No puedo, amigo mío — respondió la joven. — Yo he nacido otra vez y reclama esa expiación la pureza de mi nueva vida.

— Pues yo te haré venir a la fuerza — exclamó el joven tomándola en sus brazos y dirigiéndose a la puerta. Al llegar a ella, se interpuso Hamilton que acaba de llegar y le dijo severamente, al ver que se le escapaba su presa.

— Lo siento por usted, O'Hara, pero es

posible que haya que tratarlo con más severidad y la vez anterior.

Sara consiguió ilbrarse de su amado y se interpuso entre éste y el señor Hamilton, a la vez que le decía al sargento:

— No queda otro medio, amigo. Yo soy muy diferente ahora.

— ¡No es eso, Sara — suplicó desesperado el sargento, al ver que sus esfuerzos habían sido inútiles. — ¡Es que te ha hipnotizado la mirada de hiena de este hombre! — Y al decir esto se abalanzó sobre Hamilton, dispuesto a terminar de una vez aquella comedia. Gracias a la oportuna intervención de la joven O'Hara no pudo hacer lo que quería y Sara trató de convencerlo diciéndole:

— Usted no puede comprender... la otra Sara murió y todo murió con ella. Mi obligación ahora es volver a San Francisco.

El pobre muchacho comprendió que nada podía hacer contra la fuerza misteriosa de aquel hombre, que le había robado su mayor tesoro. Con el corazón traspasado de dolor, se alejó del hotel diciéndole a la joven, mientras sus ojos se empañaban de lágrimas:

— Sara, aunque en la vida volviéramos a vernos, yo nunca te podré olvidar...

Sara lo vió alejarse sin pena alguna. Aquella separación que en otro tiempo le

hubiera sido dolorosa, ahora no le causaba más sobresalto que el mal que le pudiera ocurrir de la cólera del señor Hamilton y por eso le dijo, para disculpar la actitud del sargento:

— Perdónale usted... Todo fué culpa mía... ¡Que no haya daño para él!

— Esté tranquila, Sara, que haré lo que usted desea — contestó Hamilton, acariciándola.

— Cuando usted está aquí — exclamó ella, más fascinada cuanto más cerca lo tenía — todo parece más luminoso... ¿Quiere eso decir que estoy redimida?

— Sí, Sara — repuso él, invitándola a entrar en su alcoba. — Usted ha triunfado de la prueba... La tentación llegó, pero usted supo rechazarla. Sara Thompson ha renacido... Ha logrado vencerse a sí misma...

El doctor Augusto presenciaba toda aquella escena y sentía que la indignación le cegaba. Había observado algo obtuso en la conducta de Hamilton, algo que le hacía sospechar de su proclamada virtud y llegó a sentir por la joven una gran conmiseración. Cuando ésta entró en su aposento le dijo a Hamilton:

— Es decir, ¿que porque está redimida la envía usted a una prisión?

— Mientras esté en la cárcel — respondió hipócritamente Hamilton, — yo sufriré



— Usted ha triunfado...

minuto por minuto todas las aflicciones que ella sufra.

— No comprendo su manera de ser, ni de obrar, señor Hamilton — respondió secamente el doctor.

— Hay cosas que no son comprensibles de todos — exclamó Hamilton duramente, alejándose.

Su esposa había adivinado en la actitud del doctor cierta desconfianza y para justificar a su marido le dijo:

— A Hamilton le tienen desvelado tres noches ya los terribles sueños que le cuesta esa desgraciada. Voy a ver si consigo que se acueste.

Al doctor no se satisfizo mucho aquella justificación y quedó en la terraza paseando, mientras meditaba que algún drama oculto se estaba preparando a su alrededor. Se acercó a José que empezaba a apagar las luces y le dijo:

— No sé por qué empiezo a sospechar de los sueños de Hamilton respecto a Sara. Creo que, por lo menos para él no son del todo desagradable.

— No lo crea — respondió el hostelero. — Hace tres noches le oigo bajar por aquí. Debe sufrir mucho.

El señor MacHail sonrió ante la ino-

cencia de aquel buen hombre y se abstuvo de expresarle su pensamiento.

Estaba decidido a vigilar durante aquella noche, para comprobar la veracidad de aquel extraño sufrimiento y permaneció oculto, esperando pacientemente que llegara la hora.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas

Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a)
BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

EXPIACIÓN

Cerca de la media noche Sara se despertó sobresaltada. Recorrió la vista por su habitación y la soledad de su estancia le hizo más medrosa la batalla de sus pensamientos. Salió del cuarto, sin darse cuenta de lo que hacía y se sentó en una butaca de la terraza. Augusto desde un lugar oculto expiaba los movimientos de la muchacha y se dijo:

— El sargento tenía razón. Esta muchacha está bajo la influencia del hipnotismo. Esperemos a ver el fin que persigue ese hombre para haberla reducido a este estado. No tardó mucho tiempo en aparecer Hamilton. Traía los ojos encendidos, su mirada era fosforescente y en su brillo se adivinaba toda la crueldad de su ser.

Se acercó donde estaba la muchacha y le preguntó, forzando la respiración para que no fueran oídas sus palabras.

— ¿Qué hace usted aquí, Sara?

— Me dió miedo seguir en mi cuarto —

respondió cándidamente la joven. — He visto cosas horribles en mi soledad.

— También a mí me trajeron sombras, visiones horribles... ¡Ojos llameantes... Satanás... Judas!...

— ¡Infame! — exclamó para sí el doctor. — Quiere ejercer sobre ella no solamente la fuerza hipnótica de su mirada, sino también la de su palabra!

Hamilton, ajeno a la vigilancia de que era objeto, continuó diciendo:

— ¡Sara!... ¡No tiene usted que volver a San Francisco!

— ¿Qué otro sacrificio puedo ofrecer? — preguntó la muchacha con angelical voz, como si fuera una dócil niña. Se hallaba ante él en una actitud tan encantadora, que más que una criatura humana parecía un ser celestial. En la semi oscuridad en que se hallaban su cuerpo, deliciosamente escultural se dibujaba maravillosamente y toda su belleza resplandecía en la ingenuidad de su rostro, ejerciendo sobre Hamilton un poder dominador que no pudo resistir. Se arrojó sobre ella y le dijo, mientras la estrechaba entre sus brazos.

— ¡Pareces una diosa, Sara!... ¡Eres radiante como un sol!... ¡Eres bella!

— ¡Por eso pretende usted que se marche su belleza entre las rejas de una pri-



— Eres radiante como un sol...

sión! — exclamó el doctor, saliendo de su escondite.

Hamilton soltó su presa, que se sentía desfallecida y exclamó iracundo:

— ¿Con qué derecho me vigila usted?

— ¡Con el mismo que se ha apoderado usted esa pobre mujer! — exclamó el doctor.

— ¡Yo soy dueño de mis actos y a nadie le tengo que dar cuenta de ellos! — respondió Hamilton.

— Eso era antes, cuando nadie lo había descubierto, pero ahora es ya diferente. Su hipócrita bondad ha sido ya descubierta y mañana mismo iré a ver al Gobernador, para que sepa quien es usted.

— ¡Usted no puede hacer eso! — respondió el reformista. — Eso sería mi ruina política y moral... ¡Mi deshonor!

— ¡Le queda a usted un camino que elegir!... Yo soy más severo que usted, no doy dos soluciones, sino una tan solo, la única que puede usted aceptar, si no quiere verse deshonrado para siempre.

— ¿Se atreverá usted a violar las leyes de la amistad? — preguntó Hamilton recurriendo a la caballerosidad del doctor.

— ¿Acaso no ha violado usted, o por lo menos ha pretendido violar las de la Humanidad? — exclamó el señor MacHaill, sin desistir de su propósito. — Mi resolución es inquebrantable. Quiero que predique usted con el ejemplo y no sólo lo quiero, sino que le obligo a ello.

Hamilton, vencido por la fuerza de aquel hombre, abandonó el hotel y huyó desesperado. Entre tanto el doctor acostó a la joven y después de cerrar el cuarto se dirigió a su alcoba, convencido de que había obra con justicia. Nunca se hubiera erigido juez de nadie, pero ante aquella mal-

dad manifiesta su bondad se revelaba y quiso hacer justicia por su propia mano.

La trágica escena de aquella noche permaneció en secreto para todos los habitantes del hotel. Los únicos que la habían presenciado eran los que habían tomado parte en ella y éstos, por su parte, sabrían guardar el secreto toda la vida.

A la mañana siguiente amaneció un día espléndido, como hacía mucho tiempo que no se viera en Pago Pago. El sol había conseguido romper la eterna bruma del cielo y la vida parecía sonreír a todos los seres.

Cuando José se hallaba en la terraza entró de pronto un indígena y le dijo:

— El señor Hamilton le han visto muerto en la playa. En la mano tiene un papel que dice que se ha matado para expiar sus pecados.

La noticia produjo en José el mismo efecto que si hubiera estallado una bomba a sus pies y corrió en busca de MacHaill, para darle cuenta del hecho. Éste, cuando lo vió entrar, comprendió por la alteración de su rostro de lo que se trataba y le preguntó:

— ¿Qué ocurre, José?

— Una desgracia, señor... ¡Una verdadera desgracia!... ¡El señor Hamilton se ha suicidado!

— ¿Quién te ha dicho eso? — le preguntó MacHaill, fingiendo cierta sorpresa.

— Un indígena me lo ha comunicado y ya todo el mundo lo sabe en la isla.

Era verdad lo que decía José, la muerte de Hamilton era ya conocida de todos y tanto los indígenas como los soldados se apresuraron a ir al hotel, para confirmar la verdad de lo que decían.

Timoteo, al saber la noticia, sintió que había huido para siempre su felicidad. Sin duda aquella muerte estaría ligada son la de su amada y preso de una angustia infinita corrió hacia el hotel para ver si a Sara le había ocurrido algo.

Mientras tanto, MacHaill creyó oportuno darle la noticia a la señora Hamilton y llamó a su mujer para decirle:

— El señor Hamilton se ha suicidado. Ya comprenderás que a todos, menos a la señora Hamilton, puede darse sin preparación esta noticia traída por los indígenas. Ves a buscarla y procura comunicársela.

El poder hipnotizado de Hamilton había desaparecido con su muerte y Sara volvía a ser otra vez la muchacha alegre y risueña de siempre. Se adornó con sus mejores vestidos, se arregló con todo aquello que pudiera realzar su belleza y pensó en los días pasados como en una horrible pesadilla de la que afortunadamente acababa

de despertar. Loca de alegría recogió el gramófono y puso una de sus placas predilectas. Quería vivir nuevamente, gozar de la dicha de su juventud, después de haber sufrido las torturas de su desesperación.

O'Hara no tardó en presentarse al hotel y en preguntar por Sara al señor MacHaill que le contestó sonriendo:

— No se apure, muchacho. Sara está bien y nada le ha ocurrido. ¿No oye usted su gramófono?

Impulsado por su amor corrió hacia la habitación donde estaba su amada, pero antes que pudiera abrirla salió ésta y exclamó alegremente, dirigiéndose a los muchachos del destacamento.

— ¡Contemplarme en todo mi esplendor, muchachos!... ¡Otra vez vuelvo a ser bella.

— Pero ¿qué ha sucedido, Sara?—preguntó ansiosamente el sargento. — ¿Aquí ha ocurrido algo?

— Algo ha ocurrido, si de maldita memoria... Los hombres no son más que materia innoble, carne sin alma...

El joven dolorido por aquellas frases de su amada bajó tristemente la cabeza y se dispuso a marcharse, pero ella que comprendió la causa, se acercó a él y sujetándolo cariñosamente por el brazo le dijo:



— Lo comprendo todo señorita ..

— En esta observación no hay alusiones personales, hermoso.

Sonrió el sargento, comprendiendo lo que le quería decir y MacHaill exclamó:

— Sara, el señor Hamilton se ha suicidado.

La joven, sin demostrar ninguna sorpresa, respondió:

— Entonces puedo perdonarle... Creí que me había hecho víctima de una burla y veo que fué él la víctima...

La señora Hamilton, enterada ya de la desgracia, adivinó el motivo de aquella muerte. Hacía tiempo que temía por su marido y aquella tragedia no hizo más que confirmar sus presentimientos. Se acercó a donde estaba Sara y le dijo:

—Lo comprendo todo, señorita Thompson, y lo siento por él y por lo que usted ha sufrido.

—Yo lo siento por el mundo entero — exclamó tristemente la muchacha. — La vida es un singular presente que debemos conservar. Reanudaré mi caminar sin rumbo... ¿Quién sabe a dónde me llevara mi destino!

Y ante el asombro de todos que no podían esperar aquellas filosóficas palabras de una mujer a quien todos creían de una fragilidad insensible, Sara salió del hotel, de aquella casa, para ella maldita, donde tanto había sufrido y donde también había conocido a dos hombres de buena voluntad: al doctor Augusto y a Timoteo.

Éste, cuando la vio salir, corrió hacia ella y la detuvo en la puerta diciéndole:

— Oyeme, Sara... Lo que dije acerca de nosotros y de Sidney está en pie. Mi servicio comenzará dentro de cuatro semanas y allí nos iremos, si es que tú me esperas... La muchacha se le quedó mirando fijamen-

te y al fin, riendo de intensa alegría, exclamó:

— Por ti esperaré yo un millón de años, hermoso.

Entonces fué cuando Sara Thompson se sintió una criatura distinta de la que hasta entonces había sido. El amor de Timoteo la redimía de toda su vida anterior, si es que en ella hubo alguna culpa. Fueron días de inmensa felicidad, de una dicha jamás disfrutada y menos aún sospechada. Los dos jóvenes se sentían fuera de la realidad del mundo para vivir su quimera de amor y muchas veces al recorrer aquella playa, que tanto llegó a odiar Sara, le decía él, mientes en la vida. Su nombre trae a mi lazadas.

— No sé por qué, cuando te vi, pensé que tú me podrías hacer feliz, como aquella mujer de San Francisco lo ha hecho a mi camarada.

— Calla, por Dios — contestaba ella. — No hables de San Francisco, ni me lo mientes en la vida. Su nombre trae a mi memoria los días aciagos en los que la desgracia parecía acabarse en mí.

Al advertir este miedo casi infantil Timoteo reía gozosamente, a la vez que le decía:

— Ya no temas nada. Ahora estoy a tu lado, sé que me quieres y por ti, por sa-

berte dichosa será capaz de todo, de todo antes que verte llorar de nuevo.

Pero a pesar de que no la quería ver llorar, los ojos de la joven se humedecían y ante la mirada interrogativa de él procuraba explicarle:

— Estas lágrimas son diferentes a las otras. ¿No sabes, hermosa, que también se llora de alegría y yo ahora lloro de eso, de verme dichosa a tu lado.

Para los enamorados, sin duda alguna, es para los que pasa el tiempo más rápido y aquellas semanas transcurrieron para Timoteo y para Sara, con la velocidad del pensamiento, pero a pesar de la dicha que gozaban, no habían sido egoísta y los compañeros del sargento, todos aquellos muchachos que tanto la habían protegida en su desgracia, encontraron en la joven una verdadera hermana que supo, con su alegría perenne, endulzar el destino de aquellos seres que suspiraban por la patria lejana. Por lo mismo, el día de la marcha fué un verdadero acontecimiento en Pago Pago. Todos los marineros que se hallaban libre de servicio fueron a despedir a la enamorada pareja. Los vivos se sucedían y exclamaban, apartando a un lado a Timoteo, que sonreía dichoso al ver las muestras de cariño que tributaban a su amada.

— Tú la tienes para toda la vida, deja

que nos dedique a nosotros los últimos ratos de su estancia en esta isla.

— Tenéis razón, muchachos — les contestaba Sara abrazándolos. — En estos momentos me pertenezco exclusivamente a vosotros, luego... luego ya será otra cosa.

— ¡Viva Sara Thompson! — volvía a exclamar ellos. Y en su entusiasmo levantaron la joven en vilo y así la condujeron hacia la playa, donde el bote los esperaba.

Cuando la hubieron dejado embarcada, volvieron a la playa y le dijeron a Timoteo:

— Para que veas que también a ti te queremos, te vayamos a llevar como a ella hasta la lancha. — Y a pesar de su oposición, se vió de pronto levantado y conducido hasta donde decía.

La frágil barquilla filó proa hacia el barco que esperaba a los viajeros y Sara, desde ella, les gritó dedicándoles su último "adiós".

— ¡Adiós, muchachos, nunca olvidaré lo bueno que sois y los días felices que he pasado entre vosotros!... ¡Perdonadme porque os quite a vuestro sargento!

Una aclamación de entusiasmo siguió a estas palabras producida por las voces de los marineros, que con sus gorros en alto decían adiós a la feliz pareja, que se encaminaban hacia la dicha anhelada.

Sara extendió la vista por toda la isla y poniéndose seria de repente, exclamó:

— Adiós, Pago Pago. He sido muy desgraciada, pero en cambio he encontrado la única razón de la vida: amor.

O'Hara advirtió que los bellos ojos de Sara se humedecían y atrayéndola hacia él la besó con pasión, mientras le decía:

— Olvida todo lo malo, querida, y piensa únicamente en la felicidad que nos aguarda. Nuestro amor será más fuerte que todo y todo lo hará desaparecer.

— Llevas razón — repuso ella recobrando su habitual regocijo. — Ríamos siempre. La vida no debe ser otra cosa, risa, siempre reír que eso es amor...

FIN

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOP

Ya está a la venta el

BALMANAQUE de Biblioteca Films

PORTADA A TODO COLOR

PROFUSIÓN DE GRABADOS
ANÉCDOTAS DE CINELANDIA
NOVELAS DE LOS MAS GRANDES FILMS
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PREDILECTOS
TANGOS CÉLEBRES

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO:

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbará, 16. — BARCELONA Caños, 1. — MADRID

Si no lo encuentra en su localidad pídalo a:

BIBLIOTECA FILMS
Apartado de Correos 707 - BARCELONA

Remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos de correo que se lo enviará en seguida.

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela
cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
Judex	René Cresté
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huérfanita	Sandra y Biscot
Barrabás	Biscot y B. Montel
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parisetta	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
La amordazada	
Pimentilla	Dorothy Gish
El hijo del pirata	S. Gerard y Sandra
Los parias del amor	
Esposas frívolas	Von Stroheim
La dueña del mundo	Mya May
La tragedia del correo de Lyon	R. Carl y B. Montel
Ricardo Corazón de León	Wallace Beery
El huérfano de París	R. Poyen "Minutillo"
Dorotea Vernón	Mary Pickford

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad,	Douglas Fairbanks
Don Q. hijo del Zorro	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astolffi
El Aguila Negra	Rodolfo Valentino
El pirata negro	Douglas Fairbanks
El sol de media noche	Laura La Plante
¡Mi hijo antes que nadie!	Germaine Rouer.
Resurrección	Rod La Roque
Jaque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullin
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona

LECTURA PARA TODOS

**4 NOVELAS
TITULOS
EXITOS !!**

PRECIO
ACTUAL 15 cts.

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio:

25 cts.

PORTADA A TODO COLOR
32 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona